

El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8491

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONOS NÚMS. 4 Y 58

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 centimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Miércoles 26 de Febrero de 1890.

Salicilatos

DE BISMUTO Y CERIO

de VIVAS PÉREZ.

Aprobados por la Real Academia de Medicina de Granada, recetados por los médicos y adoptados por los hospitales.

CURAN INMEDIATAMENTE como ningún otro remedio empleado hasta el día, toda clase de VÓMITOS Y DIARREAS, DE LOS RISCOS, DE LOS VIEJOS, DE LOS NIÑOS, ZOLERA, TIFUS, DISENTERIAS, VÓMITOS DE LOS NIÑOS Y DE LAS EMBARAZADAS, CATARROS Y ÚLCERAS DEL ESTÓMAGO, ERUPTOS, FETIDOS, PIROXIS. Ningún remedio alcanzó de los médicos y del público tanto favor por sus buenos resultados que son la admiración de los enfermos.

PRECIOS: En España: CAJA GRANDE, 2'50 pesetas. PEQUEÑA, 2 pesetas.

Cuidado con las falsificaciones porque no darán resultado. Exigir la firma y marca de garantía.

DEPOSITO GENERAL:

ALMERÍA, FARMACIA VIVAS PÉREZ desde donde se remiten por correo a todas partes enviando 75 cts más por certificado. POR MAYOR: Madrid, M. Garcia y Sociedad Ibero Universitaria. Barcelona, Sociedad Farmacéutica é hijos de J. Vidal y Ribas, de Alomar y Uriach. Cartagena, Abad y Romero Germanes.

De venta en todas las boticas de las provincias y pueblos de España, ultramar, Buenos-Aires y en toda la América de Sur.

Depósito al por mayor á los Sres. Fernández hermanos y compañía.

LA PRENSA CARTAGENERA.

Con referencia á una nota que nos suministra un suscriptor, á continuación publicamos una reseña de los periódicos que se han publicado en esta localidad y fechas aproximadas de su aparición, según consta en los números más atrasados que de cada uno de ellos conserva dicho suscriptor:

«El Diario de Cartagena.»—Febrero 1805.

«El Telégrafo.»—17 Julio 1842.

«La Minería.»—2 Abril 1843.

«El Faro Cartaginés.»—5 Agosto 1849.

«El Correo de Cartagena.»—1.º Enero 1854.

«El Cisne de Cartagena.»—7 Abril 1854.

«El Correo Cartagenero.»—Noviembre 1855.

«El Cartaginés.»—3 Julio 1856.

«La Emulación.»—8 Julio 1860.

«EL ECO DE CARTAGENA.»—1.º Junio 1861.

«La Cotorra.»—15 Agosto 1869.

«El Radical.»—Noviembre 1869.

«Cartagena Ilustrada.»—Julio 1871.

«El látigo.»—Agosto 1871.

«Fray Tranquilo.»—5 Octubre 1871.

«La Conciliación.»—1.º Febrero 1874.

«El Avisador Cartagenero.»—Noviembre 1875.

«Carthago Nova.»—17 Setiembre 1876.

«El Pasatiempo.»—12 Agosto 1877.

«El Diario de Avisos.»—15 Setiembre 1877.

«El Taller.»—3 Marzo 1878.

«El Fénix Cartaginés.»—1.º Enero 1879.

«La Unión de las Ciencias Médicas.»—16 Enero 1881.

«El Despertador.»—23 Febrero 1881.

«La Solución.»—Abril 1881.

«El Conciliador.»—Octubre 1881.

«La Publicidad.»—Octubre 1881.

«El Porvenir.»—21 Noviembre 1881.

«El Amigo.»—Abril 1882.

«Gaceta Minera y Comercial.»—1.º Enero 1883.

«El Cartaginés.»—1.º Abril 1883.

«El Practicante de Farmacia.»—15 Noviembre 1883.

«El Independiente.»—1.º Enero 1885.

«La Fusión.»—1.º Marzo 1885.

«La X.»—4 Marzo 1886.

«El Centinela.»—5 Mayo 1886.

«El 21.»—9 Julio 1876.

«El Obrero.»—1.º Octubre 1886.

«El Mediterráneo.»—1.º Febrero 1887.

«La Ortiga.»—17 Abril 1887.

«El Reformismo.»—1.º Febrero 1888.

«Brisas del Mediterráneo.»—3 Febrero 1888.

«La Porra.»—1.º Setiembre 1888.

«La Piqueta.»—21 Junio 1889.

«El Rompeolas.»—1.º Octubre 1889.

«La Voz de la Industria y Comercio.»—5 Enero 1890.

«Adelante.»—7 Enero 1890.

Además de los anteriores han visto la luz en esta ciudad los siguientes periódicos no pudiéndose determinar la fecha de su aparición por no poseer nuestro suscriptor ningún número de ellos, excepto del primero, cuya fecha de nacimiento no se expresa por las diferentes interrupciones que ha sufrido su publicación.

«El Amigo de Cartagena.»

«La Tertulia.»

«El Correo de Levante.»

«Don Vinagre.»

«El Capitán Don Gonzalo.»

«La Tempestad.»

«El Trueno.»

«La Voz de la Juventud.»

«Cartagena sin lustre.»

«El Huracán.»

«El Diablo Verde.»

En total 58 periódicos de los cuales existen ocho siendo EL ECO el decano.

LOS ORIENTALES Y EL OPIO

Un médico francés que ha tenido ocasión de estudiar sobre el terreno los efectos de este vicio, tan común entre los orientales, dirige al periódico parisien «Le Temps» una correspondencia muy curiosa y muy instructiva, dando cuenta, no solo de los efectos que causa el uso de esta planta, sino también de las instalaciones especiales ó fumadores de opio que existen en el extremo Oriente.

Estos establecimientos presentan generalmente la misma disposición.

Alrededor de una gran sala, llena de jugadores, hay convenientemente dispuestas pequeñas habitaciones, limitadas por tabiques de bambú.

El fumador que desea estar solo en uno de estos departamentos, se acuesta sobre una esterilla de junco y apoya su cabeza en una almohada cilíndrica, que tiene una concavidad á propósito para embutir en ella la nuca.

Cerca de él se hallan colocados todos los útiles necesarios para aspirar la soporífera planta: la pipa, el limpia pipas y una pequeña lámpara de cobre.

El opio empleado por los fumadores es un extracto líquido, de consistencia parecida á la del almibar, obtenido por medio de la filtración de los aceites esenciales de la adormidera, la cual se cultiva en grande escala en las Indias y en China.

La gente rica lleva su refinamiento hasta tener criados especialmente que les enciendan la pipa y se la pongán en los labios.

Por regla general, estos servidores pertenecen al género femenino; pero no hay que hacer suposiciones maliciosas, porque

los efectos afrodisíacos del opio no permiten ciertas expansiones, y el verdadero fumador permanece, por regla general, insensible á las tentaciones del enemigo del alma.

En Suigón cada fumadero de opio tiene buen número de mujeres destinadas á este servicio, que no cobran más sueldo que las propinas que les dan los parroquianos; pero ellas que son también fumadoras, luego que aquellos se adormecen, fuman algunas pipas á su cuenta y luego les ponen las del Gran Capitán.

El fumador de opio es el más incorregible de todos los aficionados. El bebedor alcoholizado, llega á contentarse alguna vez; pero el fumador de opio sabe que va derecho á la muerte y se arroja en sus brazos con verdadera voluptuosidad.

Los sueños, ó mejor dicho, las alucinaciones que inspira el opio no tienen nada de sensuales ni de groseras, como muchos suponen.

En realidad el opio no actúa en ningún sentido; únicamente excita las facultades intelectuales.

El humo del opio es un poderoso estimulante del pensamiento. Bajo su acción excitante, la energía cerebral crece considerablemente, el poder de la imaginación se centuplica y las ideas se suceden vivas, rápidas, con brillo y lucidez admirables.

El fumador queda tendido sobre su lecho inmóvil, con los ojos fijos, la boca entreabierta, la faz pálida y contraída con una contemplativa ardiente.

Ni ve, ni oye, ni siente; se le toca y no se mueve, se pronuncia su nombre al oído, y como si se hablase á un cadáver; una luz cerca de sus pupilas no las contrae ni le obliga á cerrar los párpados.

En tal estado el fumador, siente un bienestar inexplicable que condensa el despertar en esta frase:

—¡Los placeres del Paraíso están contenidos en el humo del opio!

Desgraciadamente, para aquella raza indolente y perezosa, estos gozos espirituales son terriblemente peligrosos.

El cuerpo y el espíritu se aniquilan con el uso continuado del opio, que constituye casi un suicidio; pero apesar de esto, los ingleses fomentan el consumo de este producto en los pueblos indochinos, y esto, según el mencionado doctor francés, disminuyendo la facultad creadora de aquellas razas, contribuirá á salvar la Europa de una irrupción de los modernos bárbaros.

¡Cuidado si es previsor el corresponsal del periódico francés!

Variedades.

Solución á la charada inserta en el número anterior.

PAREJA

Charada

Tiene dos tercias en su todo cierta una dos vieja y fea que guarda como á un tesoro y cuando la alaba tercia.

A. A.

La solución en el número próximo.

UNA VENGANZA

MEMORIAS DE UN CONTRA-GUERRILLERO

Llevamos tres horas de continuo combate;

el humo no nos deja ver, la corneta no cesa de tocar el paso de ataque; nuestros oficiales nos animan con sus voces y con su ejemplo, poniéndose á nuestro frente; á cada instante, cuando volvemos la vista en derredor, nótese la falta de un compañero; que ha quedado atrás herido, ó tal vez muerto.

A pesar de todo esto, no cejamos en nuestro empeño, y cada paso nos cuesta la vida de algunos, hasta que llega un momento en que el cansancio y la fatiga se van apoderando de nosotros; el fuego enemigo es cada vez más fuerte.

Ya por fin acude en nuestro auxilio un escuadrón de lanceros; la lucha toma entonces aspecto diferente; nuestros contrarios empiezan á ceder y nosotros á animarnos; poco á poco se hace más flojo el tiroteo, y llega un momento en que nuestros contrarios huyen á la desbandada.

La victoria nos enardece y los perseguimos sin piedad, pareciendo que tenemos ansias de vengar el mal rato que nos hicieron pasar.

Entonces fue cuando con cuatro de mis tiradores di ceba de un pelotón enemigo, que huía á todo correr.

Al tropetarlos, uno de los nuestros, más ligero de piernas que los demás, se adelantó, y ya daba alcance á uno de ellos, cuando éste se volvió gritando:

—¡Cuartell! ¡Cuartell!

El perseguidor, un voluntario catalán, de aspecto feroz, se detuvo, y con la carabina terciada se acercó al carlista, que dijo arrojándose:

—¡No me mates por Dios!

—Date prisionero.

—Ya lo estoy—contestó.

En esto llegamos nosotros y nos hicimos cargo del carlista, sin dejar de seguir persiguiendo y disparando á los que huían.

El prisionero iba á nuestro lado; como estaba inerte, no nos ocupábamos mucho de él; una bala corre más que un hombre y esta era nuestra seguridad.

Así continuamos buen espacio de tiempo cuando de repente, oigo lanzar un ¡ay! á mi espalda y al volverme rápidamente veo al catalán que se tambaleaba, llevándose las manos al pecho.

Corro á auxiliarle, pero es inútil; el carlista me apunta con la carabina que había dejado, caer el catalán y me ordena que me tumbé al suelo.

Desprecio la amenaza y me arrojo sobre él derribándole á tierra de un culatazo; mis compañeros lo sujetan y sin que yo lo pueda evitar uno de ellos va á dispararle á boca de jarro su arma.

El traidor, sin inmutarse, nos deja hacer; feroz sonrisa asoma á sus labios y dice entre dientes:

—Matadme, sí, matadme; pero ya estoy vengado.

Detengo la acción de mis hombres prontos á rematarle y lo hago levantar.

—¡Canall! le digo: ya te matarán, pero no ahora, sino á presencia de todos los tuyos, para escarmiento de traidores.

—No me importa, replica, sin dejar de sonreír ferozmente. Estoy vengado. La suerte me lo ha traído aquí y aquí lo malo yo. Matadme ahora vosotros y haréis lo que os corresponde.

Este mismo me indignaba y hubiese hecho una barbaridad, pero en aquel instante el capitán y el resto de la compañía acercábase al lugar de la ocurrencia; rápidamente contó lo ocurrido y el capitán se dirigió al prisionero.

—Miserable; ¿que has hecho?

—Nada, mi capitán, contestó él impávido; vengarme.